

“El acercamiento del Papa Francisco a China”

Por el Dr. Jorge E. Malena¹

El 13 de marzo del año 2013, día en que el cardenal Jorge Mario Bergoglio se convertía en el Papa Francisco, unas horas después en China Xi Jinping era investido presidente de la República Popular China. Tras ello, el portavoz de la Cancillería china expresó: “felicitamos al Obispo de Argentina por convertirse en el nuevo Papa. Esperamos que la Iglesia Católica bajo el liderazgo del nuevo Papa pueda colaborar con China, hacer esfuerzos conjuntos y crear condiciones favorables para mejorar las relaciones entre ambas partes”.

En China, coexisten la llamada “Iglesia Católica Patriótica de China”, establecida en 1957 por el gobierno del Partido Comunista de China con el objeto de evidenciar independencia del poder de Roma y respeto a la práctica religiosa. Esta iglesia oficial reúne un poco más de siete millones de fieles, y se estructura a partir de 138 diócesis conducidas por 79 obispos, 2.200 sacerdotes, 5.200 monjas y 800 seminaristas.

En paralelo se encuentra la iglesia no reconocida por el gobierno chino, cuyas autoridades son reconocidas por el Vaticano en virtud de la “sucesión apostólica”, la cual se estima estar compuesta por casi cinco millones de creyentes.

¹ Licenciado en Cs. Políticas por la UCA. Magíster en Estudios sobre Área (China), SOAS - Universidad de Londres. Doctor en Cs. Políticas (UCA). Director de la carrera “Estudios sobre China contemporánea” (USal), profesor titular en la Escuela de Estudios Orientales (USal), y en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Miembro consejero del CARI (co-coordinador del Grupo de Trabajo sobre China); miembro del Consejo Ejecutivo - Comité Nacional para el Asia Pacífico (Cancillería). Recibió en 2013 el “Special Book Award of China” (otorgado por el Consejo de Estado de China) por su trayectoria de investigación y enseñanza sobre China (primer latinoamericano que lo recibe).

Pese a la existencia de esta división desde hace casi 60 años, la supervivencia de la iglesia no oficial se entiende tanto por la fortaleza de la creencia de sus fieles durante la era maoísta (décadas de 1950, 60 y 70), como por la apertura de la era dengista (en 1982, la reforma de la constitución china incluyó una cláusula autorizando el ejercicio privado de la religión).

En la década en curso, cabe destacar el desarrollo de acontecimientos tanto esperanzadores como desalentadores en la interacción entre Beijing y la Santa Sede: en diciembre de 2010, un obispo de la iglesia no oficial, fue elegido presidente de la Asociación Católica Patriótica de China. Luego, en ocasión de un homenaje en el Vaticano a Mateo Ricci (por cumplirse 400 años de su muerte), el embajador de China en Roma acudió al evento. Del mismo modo, en Beijing se organizó una exposición sobre el padre jesuita que llevó el catolicismo a la corte china, la cual fue inaugurada por altos funcionario del Buró de Asuntos Religiosos e incluso difundido por la televisión central.

Sin embargo, también se tiene conocimiento de que unos 40 obispos y sacerdotes se encuentran presos por supuestas actividades “contra la seguridad del Estado”, las cuales según las autoridades chinas son parte “de una estrategia de Occidente destinada a socavar los pilares ideológicos del Partido Comunista y las bases culturales de la sociedad china”.

¿Cuáles son los principales obstáculos que dificultan la mejora de la relación bilateral? En primer término está la existencia de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la República de China en Taiwán, y en segundo lugar el nombramiento de las autoridades eclesiásticas por parte de funcionarios que responden al gobierno chino.

Con respecto al primer asunto, el Vaticano no reconoce a la República Popular China, lo cual implica que se desconoce que el gobierno de Beijing

sea el único gobierno legal de toda China. Esta circunstancia guarda relación con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la China Nacionalista en 1946, si bien cabe destacar que una vez derrotado el Kuomintang en la guerra civil, la sede de la Nunciatura se mantuvo en el continente.

En 1951 el gobierno de Mao expulsó al Nuncio, en el contexto de una falsa acusación a un ciudadano italiano vinculado a la Nunciatura, de intento de asesinato a Mao Zedong. Ello provocó el traslado de la representación del Vaticano a Taipei, en donde se ha mantenido hasta la fecha a cargo de un Encargado de Negocios (aunque la representación de Taiwán en el Vaticano mantenga el status de Embajada).

Cabe recordar que el Vaticano es uno de los 22 Estados que reconoce oficialmente a la República de China en Taiwán (los demás son seis de Oceanía², doce de América Latina y el Caribe³, y tres de África⁴). Asimismo, el Vaticano mantiene relaciones diplomáticas con 180 Estados de la comunidad internacional, estando entre las contadas excepciones China, Corea del Norte, Bután, Brunei, Afganistán, Arabia Saudita, Omán y Somalía.

En cuanto al segundo obstáculo, para Beijing la Santa Sede no debe intervenir en los asuntos internos de China y además los ciudadanos chinos no deben ser leales a otro Estado. Esta postura guarda relación con la visión del gobierno chino de que no existe una distinción entre autoridad temporal y espiritual. En consecuencia, es inaceptable que el Vaticano nombre a las autoridades del Catolicismo de China.

² Islas Marshall, Islas Salomón, Kiribati, Nauru, Palau, y Tuvalu.

³ Belice, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, San Kitts y Nevis, Santa Lucía, y San Vicente y las Grenadinas.

⁴ Burkina Faso, Santo Tomé y Príncipe, y Suazilandia.

A la luz de las características de los dos obstáculos mencionados, ¿cuáles podrían ser algunas de las soluciones posibles?

La cuestión del reconocimiento diplomático podría zanjarse a partir de la puesta en marcha por parte de la Santa Sede de un proceso de normalización de relaciones con China, tal como ocurrió entre EE.UU. y China durante 1972 y 1979. Tras el mismo, se abrieron las embajadas de cada Estado en la capital de la contraparte (y Washington cambió su reconocimiento oficial de Taipei a Beijing).

El proceso a desarrollar entre el Vaticano y Beijing podría extenderse entre 5 y 10 años, con el objeto de generar confianza como lo hizo la “diplomacia del ping pong” que implementaron Washington y Beijing. Ese período de tiempo, podría servir también para observar la evolución de los lazos entre Beijing y Taipei, dado que un eventual avance hacia la reunificación de China, evitaría que el Vaticano deba romper relaciones diplomáticas con Taipei para establecerlas con Beijing.

La solución del segundo tema podría provenir de la firma de un concordato entre China y el Vaticano, con características similares al suscripto en 1966 entre la Argentina y el Vaticano. En el artículo 3 de ese documento, se establece que “el nombramiento de Arzobispo y Obispo es de competencia de la Santa Sede y, antes de proceder al nombramiento, la Santa Sede comunicará al Gobierno el nombramiento de la persona elegida, para conocer si existen objeciones, debiendo el gobierno argentino contestar dentro de los 30 días. Transcurrido dicho término, el silencio del Gobierno se interpretará como que no tiene objeciones. Los Arzobispos y Obispos serán ciudadanos argentinos”.

Además de emplearse este modelo para solucionar el obstáculo del nombramiento de las autoridades eclesiológicas, la reunión entre las dos

iglesias católicas existentes podría ser gradual, no necesariamente de inmediato, bajo la fórmula pragmática de “un país, dos iglesias”, replicando lo hecho por China con Hong Kong y Macao.

A modo de conclusión, surge la reflexión sobre que China es un Estado gigante física, demográfica, económica y culturalmente. Su gobierno no permanece ajeno a los asuntos locales e internacionales que atañen a su población. Por su parte, la Santa Sede, aunque sea el Estado más pequeño y menos poblado del mundo, proyecta su mensaje apostólico a 1.300 millones de personas (lo cual es levemente menor que el número de habitantes de China).

Los líderes de China y la Santa Sede enfrentan similares desafíos: la corrupción, el consumismo materialista, las visiones religiosas extremas y el cambio climático.

La normalización de relaciones diplomáticas entre ambos traería beneficios a China, porque la República Popular mejoraría su imagen internacional, en especial ante el mundo cristiano. En el marco interno, el mensaje evangélico de una iglesia católica que deja de estar dividida y perseguida, contribuiría a la concordia y a atenuar el impacto de una transformación económica que – si bien mejoró en 30 años el nivel de vida material de la población- terminó afectando valores que hacen a la dignidad de la persona humana.

Por su parte, el gran desafío que tendrá ante sí la Iglesia Católica cuando ingrese a China, será concentrarse en la prédica religiosa, respetar la cultura local (como hizo el padre Mateo Ricci), y evitar toda intervención en temas políticos.